Asignatura Historia de la filosofía moderna y contemporánea. Título El neopositivismo lógico. Wittgenstein. Autor Antonio Monclús Estella. Día de grabación 24 de octubre de 1980. Día de emisión 24 de marzo de 1981. En el espacio de hoy nos vamos a detener en el neopositivismo lógico. Y más. Más concretamente en algunos trazos decisivos de su principal representante.

Luzwitz Wittgenstein. En realidad, el filósofo vienés suele ser considerado, por así decirlo, como dos filósofos. El primer Wittgenstein, el segundo Wittgenstein, en cuanto a su producción filosófica se refiere. Y más aún, en cuanto al influjo definitivo que tuvo como padre de dos grandes movimientos filosóficos contemporáneos, el neopositivismo lógico y la filosofía analítica. De hecho, las investigaciones filosóficas, del llamado segundo Wittgenstein, suelen ser señaladas como el origen de la filosofía analítica o análisis del lenguaje. ¿Por qué? Preocupándose, básicamente, en esta obra su autor, de la filosofía concebida como un análisis del lenguaje natural, común, sendero por el que discurrirán muchos de los principios de la filosofía.

principales esfuerzos de la filosofía analítica. Por el contrario, el primer Wittgenstein, el neopositivista lógico y su obra fundamental, el Tractatus Logico-Philosophicus, orientará su concepción de la filosofía como un análisis del lenguaje científico, entre otros importantes aspectos de la cuestión. La influencia de esta obra va a ser causa determinante de que los neopositivistas se interesen por la lógica matemática, aparte de otros precedentes y contemporáneos en quienes no vamos a entrar. De hecho, el Tractatus va a marcar un hito central en el llamado Círculo de Viena, que por el año 1929 expuso su pensamiento en un escrito manifiesto titulado Concepción filosófica del universo, verdadero programa de investigación en la línea señalada.

En el libro La Viena de Wittgenstein, Alan Janik y Stephen Tullman nos muestran cómo en la Viena de los Habsburgo, en los 25 o 30 últimos años del imperio austrohúngaro, con una cultura que es o parece la propia cultura occidental del siglo XX en su infancia, la del modernismo de principios de siglo, representado por Sigmund Freud, Arnold Schoenberg, Adolf Loos, Oscar Kokoschka, y Ernst Mach, aparece un hombre no menos rico en problemática y personalidad, Ludwig Wittgenstein, con un libro que va a dejar perplejo a más de uno, el ya aludido Tractatus. Con razón y no sin ironía, añaden Janik y Tullman que este libro sumamente condensado y aforístico pretendía presentar en todos los puntos esenciales la solución final de los problemas filosóficos. Y,

Considerado como uno de los libros clave de su época, sigue siendo todavía hoy uno de los menos explícitos que se hayan publicado nunca. Walter Schultz, en su Wittgenstein La negación de la filosofía, hace notar que el modo mejor para captar la compleja y discutida problemática del Tractatus consiste en poner de manifiesto las concepciones fundamentales comunes a su autor y a los pensadores del círculo de bien. Schultz la sintetiza en tres ideas directrices. En primer lugar, ciencia y vida están separadas. La ciencia es esencialmente ciencia exacta, por una parte la ciencia natural y por otra la lógica. En segundo lugar, las proposiciones lógicas son analítico-tautológicas. Las proposiciones de la ciencia real, empírica, son sintéticas y se refieren a hechos. Sobre la relación de ambos dominios científicos no es posible en un momento.

Pues tales enunciados no son ni sintético-empíricos ni analítico-lógicos. Por tanto, si no es posible incluirlos en ninguna de estas dos clases, las únicas permitidas desde el punto de vista científico es que son inadmisibles. En tercer y último lugar, la referencia de las proposiciones empíricas a los hechos debe ser verificada, es decir, se debe necesariamente mostrar que a las proposiciones de las ciencias reales les corresponde una experiencia real o posible, a diferencia de las proposiciones metafísicas que presentan también, sin embargo, la apariencia de proposiciones con contenido. Por otra parte, y en cierto modo como preámbulo del Tractatus, hemos de tener preámbulos. Es interesante que los comentaristas, desde sus controversias, han expuesto que dos visiones, dos interpretaciones caben en la lectura del texto de Wittgenstein.

interpretación ética y la interpretación lógica. Las dos encuentran fundamento en las páginas del Tractatus, pero ninguna agota el texto en su totalidad. El que ambas visiones sean opuestas, como señalan Janik y Tullman, paralelas o intrínsecamente complementarias, forma más parte de la polémica y el estudio del autor que de un presupuesto indiscutible. El propio Wittgenstein objetó en mayor o menor medida todas las interpretaciones que se dieron de su obra a lo largo de su vida. En el prólogo de su libro, fechado en Viena en 1918, pues no en vano este libro tuvo parte de su incubación en las trincheras de la Primera Guerra Mundial, señala Wittgenstein que quizás el libro en cuestión sólo puedan comprenderlo aquellos que por sí mismos hayan pensado los mismos o parecidos pensamientos. Pensamientos a los que aquí se expresan.

manual y su objetivo habrá sido alcanzado si logra satisfacer a quienes lo leyeran entendiéndolo. El libro, añade Wittgenstein, en el más autorizado comentario hecho al mismo, trata de problemas de filosofía y Moistrop pretende mostrar que la formulación de estos problemas se basa en la falta de comprensión de la lógica de nuestro lenguaje. Añade literalmente en la traducción de Tierno Galván, todo el significado del libro puede resumirse en cierto modo en lo siguiente, todo aquello que puede ser dicho puede decirse con claridad y de lo que no se puede hablar mejor es callarse. En efecto, este punto, el 7 de la anotación que además abrirá escuela y el último del Tractatus, sumamente discutido a pesar de su brevedad, es no sólo un punto de comprensión, sino que es un punto de comprensión.

el colofón de la obra, sino en cierto modo su resumen. Un resumen paradójico, pero en cuya paradoja está tal vez el sentido o uno de los sentidos más profundos de la obra de Wittgenstein. Continuando con el prólogo, prólogo que recomendamos al alumno releer y meditar por su importancia, el autor abunda en el hecho de que este libro quiere por consiguiente trazar unos límites al pensamiento para corregirse inmediatamente matizando, no al pensamiento, sino a la expresión de los pensamientos, puesto que indica para trazar un límite al pensamiento tendríamos que ser capaces de pensar ambos lados de este límite y tendríamos por consiguiente que ser capaces de pensar lo que no se puede pensar. Después nuestro autor añade algo que va a ser definitivo en el contexto cultural. Este límite, por lo tanto,

Escribe, solo puede ser trazado en el lenguaje y todo cuanto quede al otro lado del límite será simplemente un sinsentido. En este apretado párrafo hay ciertamente algo más que una reivindicación del papel del lenguaje. Algo más que una crítica de raíz a un conceptualismo primario en detrimento del lenguaje. Hay una pista a seguir de imprevisibles consecuencias que pueden incluso y no sin fundamento llevarnos al descubrimiento de que

el lenguaje es todo lo más opuesto que se pueda pensar a un epígono o un epifenómeno de la razón o de la personalidad. Precisamente porque tal vez su estructura y su sentido están fuera de lo que por mucho tiempo se le atribuyó como específico suyo. Como señala Fan en su libro El concepto. El concepto de filosofía en Wittgenstein comentando este punto. El lenguaje está funcionalmente estipulado.

estructurado mediante valores de verdad y su función esencial es describir el mundo. Aquí tenemos el límite del lenguaje y lo que es lo mismo el límite del mundo. David Pierce en su Wittgenstein, al comentar los límites del lenguaje, deja ver que las afirmaciones del autor en el puerólogo del Tractatus conllevan un pesado lastre de significación y no sólo por la problemática de los límites del lenguaje referidos a los del lenguaje fáctico, sino también porque algunos planteamientos del tema que hará el Tractatus parecen acrecentar la importancia de la religión y la moralidad. Justus Harnack en su Wittgenstein y la filosofía contemporánea, tras pasar una breve revista de determinadas concepciones sobre el lenguaje. Hace notar que nuestro autor, con diferencia incluso de Russell,

nos encontramos con que lo importante no es construir un nuevo lenguaje, dado que sólo tenemos un lenguaje. Desde un punto de vista lógico, escribe Harnack, los diferentes lenguajes en que se hable son un lenguaje, en virtud de las condiciones lógicas que todos ellos deben satisfacer. Y en estas condiciones se centró precisamente el interés de Wittgenstein. Wittgenstein termina el prólogo con unas afirmaciones no menos fieles a la paradoja y a la riqueza de problemática del resto del texto. El posible valor de este libro radica en dos cosas a juicio de su autor. Primero, que en él hay expresión de pensamientos, cuyo mérito dependerá de cuanto mejor oponente. Y que, por lo peor, estén expresados, consciente de su realidad.

sino haber profundizado todo lo posible por insuficiencia de fuerzas para lograr la tarea. Tarea que otros puedan emprender y hacerlo mejor. Pero la aparente humildad de este punto abre paso al segundo, de tono bien distinto y donde tal vez se evoca, como en síntesis, el sentido más profundo de la parte final del Tractatus. El punto 6.4 y sobre todo el 6.5 al que remitimos al alumno, parte llena de aquel contenido ético, incluso místico para algunos comentaristas, a que antes aludimos. Pues bien, tras esa formulación humilde, Wittgenstein hace saber que, por otro lado, la verdad de los pensamientos aquí comunicados le parece intocable y definitiva. Literalmente escribe, Soy un hombre que no puede ser un hombre.

pues de la opinión de que los problemas han sido, en lo esencial, finalmente resueltos. Pero no es el suyo un estilo dogmático y firme como pudiera parecer por momentos, al contrario. No acaba de decir esto cuando termina el prólogo con estas palabras. Y si no estoy equivocado en esto, el valor de este trabajo consiste, en segundo lugar, en el hecho de que muestra cuán poco se ha hecho cuando se han resuelto estos problemas. Porque ciertamente, no por casualidad, unas páginas después, en 6.54, va a escribir. Mis proposiciones son esclarecedoras de este modo. Que quien me comprende acaba por reconocer que carecen de sentido. Si no, no es el suyo un estilo dogmático y firme como pudiera parecer por momentos, al contrario. Siempre que el que comprenda haya...

salido a través de ellas fuera de ellas. Debe pues, por así decirlo, tirar la escalera después de haber subido. Debe superar estas proposiciones. Entonces tiene la justa visión del mundo. Gracias.